

¿CÓMO ENSANCHAR LA RAZÓN?

Entrevista a Alejandro Llano, filósofo

Ha publicado ya un libro de memorias, Olor a yerba seca. Hay una cosa en el prólogo un poco inquietante. Para justificarlo dice, citando a Evelyn Waugh, que cuando se pierde la curiosidad sobre el futuro ha llegado el momento para escribir unas memorias. ¿Han perdido usted la curiosidad sobre el futuro?

No, no. Exactamente, y perdone la rectificación, Waugh dice cuando se pierde la curiosidad sobre el futuro es el momento para escribir una autobiografía. No he escrito una autobiografía sino simplemente unas memorias. El futuro me sigue interesando pero empieza a interesarme el pasado. También es una cuestión de edad.

Buena parte de estas memorias, no autobiografía, relatan con bastante detalle sus vivencias universitarias de los años 60. Por ejemplo, todas las dificultades que tuvo en su momento la Universidad de Navarra. Se le ve muy crítico con el franquismo, se le ve muy incomodo, incluso, de una foto que le hicieron con Franco.

Sí, yo no era franquista, ésa es la verdad. Me parecía que aquéllo no conducía a ninguna parte y me extrañaba mucho que la gente mayor que yo pero también de mi edad, los coetáneos, pensarán que el franquismo se iba a

suceder a sí mismo. Y frente a esto veía a los socialistas y, sobre todo, a los comunistas que empezaron a comparecer: estaban preparando un futuro desde la universidad. Vi entonces una cosa que he seguido viendo hasta ahora, y es que la gente moderada, la gente independiente, los demócratas, incluso los cristianos, más bien se abstendían y eso me preocupó mucho y me sigue preocupando.

El 68 en España

En el relato que hace afirma que hubo un 68 español.

Sí, fue muy peculiar porque empezó antes y acabó después ya que aquí se mezclaba y se entrecruzaba con el problema político, lo que no ocurría tan directamente o con estos parámetros en Francia, en Alemania, o en EE.UU. Creo que aquí el 68 ha tenido muchísima importancia y ha adquirido el carácter de revolución posmoderna.

¿Hay un 68 español que renuncia a la tradición, que quiere romper con el valor de los maestros, que quiere desarrollar una cultura nihilista como en Francia o en el resto de Europa o esas peculiaridades nos hacen diferentes?

No, yo creo que, básicamente, el núcleo es muy parecido. Claro, España no está tan evolucionada culturalmente. En aquellos últimos años del franquismo, nosotros ya estábamos recibiendo las publicaciones, por ejemplo, de tipo marxista o de tipo postmarxista. Por eso hay un elemento de disolución de la cultura, por así decirlo, contra el que yo estaba. Estaba en una situación un poco ambigua.

¿Ambigua?

Por un lado pensaba que tenía que estar en la lucha contra el franquismo, no sólo de una manera pragmática, sino porque no estaba de acuerdo con aquello. Y, por otro lado, veía que los valores tradicionales con los que, en el fondo, estaba de acuerdo, se disolvían al mismo tiempo que la situación política anterior. Había que hacer una cosa sin perder la otra. Y creo que no lo conseguimos.

Al final, se impuso, sobre todo, el 68.

Sí, se impuso el 68 en su carácter más internacional, con su núcleo, que es la revolución cultural y la revolución sexual.

Alguno de los sesentayochistas piensa que la situación en la que estamos, en la que se disuelve la tradición occidental, en realidad empieza en ese momento. ¿No hay ningún valor rescatable de esa sensibilidad del 68, de esa inconformidad, de esas ganas de cambiar las cosas, de romper con lo institucional?

Soy más positivo respecto al 68, quizá por la manera como lo viví. Pero en todo caso pienso que hay algunos aspectos irreversibles y además positivos. Por ejemplo, el final de la modernidad. El progresismo ilustrado se archiva y viene una mentalidad más abierta, más plural. Quisiera pensar que el aspecto más nihilista, que sin duda está presente, no es tan potente como, a veces, se presenta. En todo caso, con lo que no estoy de acuerdo es con el ninguneo del 68. Algunos piensan que esto fue una cosa que los estudiantes hicieron y que se puede tomar un poco a broma. No, de broma nada, porque hoy día estamos viviendo en el 68. Obama, por ejemplo, es un hombre del 68.

¿En qué sentido?

En el sentido de apertura, de relativismo también, porque me parece que tiene mucho de relativista si se compara no sólo con Bush sino incluso con Clinton y con Reagan. No defiende los grandes valores americanos sino otra cosa mucho más light y también mucho más sentimental, más flexible, más amplia, más abierta.

Decía usted hace un momento que era antifranquista. ¿El franquismo sigue explicando nuestro presente?

Creo que también.

¿Por qué?

De manera positiva y negativa. Creo que el franquismo ha sido importantísimo en España, subrayo también el aspecto positivo. El franquismo ha modernizado España, mal que me pese reconocerlo. Tengo la edad suficiente para haber conocido la España de los finales de los 40, muy niño, y la de comienzos de los 50. España era un país pobre, no modernizado todavía. Y la España de hoy es otra cosa completamente distinta en el sentido positivo, es un país moderno, con bienestar social, con igualdad incluso. Y todo eso es, en gran parte, obra del franquismo.

Esa es la parte positiva y ¿la parte negativa?

La parte negativa es que España es, culturalmente, un país muy estático y que favorece las posturas totalitarias o la dominación de minorías no cualificadas o no legitimadas. Eso, creo, que no lo hemos conseguido superar y se ve en la situación política actual. El planteamiento del partido socialista de Zapatero es un planteamiento —y que me disculpen los que están afectados—, que recibe

una herencia del franquismo. Es decir, hay un afán de adoctrinamiento, un afán por cambiar a la gente un poco paternalista.

¿Está usted diciendo que Zapatero es franquista?

Ya se entiende que en un sentido cuasi irónico. España, en un sentido social e intelectual fuerte, no es todavía un país democrático. No porque no hayamos echado las cuentas con la Guerra Civil sino porque todavía tenemos unas minorías que piensan de una manera un poco totalitaria.

Se ha ocupado no sólo de la filosofía, ha reflexionado y ha escrito mucho sobre empresas, sobre economía. ¿Estamos, en cierto modo, en un cambio de ciclo histórico? ¿Cómo podemos interpretar todo lo que ha sucedido desde la crisis económica de 2008? Volvemos a encontrarlos con los problemas que aparecieron hace siete años.

Ha habido una especie, y perdón por la referencia a los griegos, de *hibris*, de soberbia del capitalismo. A mí eso, ya que estamos en plan de rememorar, nunca me ha gustado, quizá porque soy de una familia de empresarios. En alguna ocasión me he definido como socialdemócrata, lo que me ha valido algunos reproches de amigos. Ya se entiende que la socialdemocracia de la que hablo es bastante peculiar. Pero no me parece bien, ni creo que esté funcionando adecuadamente, la globalización fundada sobre la primacía del mercado. Entrando en la crisis, no pienso que la solución sea una nueva intervención del Estado. Creo que la solución está en un mayor protagonismo de la sociedad civil y una dimensión ética de la propia actividad económica. En ese sentido sí creo que estamos en un cambio de época, lo que me temo es que no sabemos muy bien hacia dónde ir.

Ensanchamiento de la razón

Ha muerto lo viejo y lo nuevo no acaba de nacer. Junto a los retos económicos aparecen otros como el terrorismo de origen islámico.

Efectivamente, son momentos de tensión en los que no se sabe muy bien hacia dónde ir. Creo que estamos en el comienzo de una época de transformación y, claro, todos los caminos están abiertos. El mismo tema de la amenaza terrorista árabe creo que hay que reenfocarlo. Hay cuestiones de tipo religioso muy, muy profundas. Hace falta un replanteamiento a fondo.

En este momento hay un interesante diálogo sobre el valor de la razón, abierto en gran medida por Benedicto XVI. El Papa ha subrayado la necesidad que tiene la razón moderna o posmoderna de salvarse. Tras sus anhelos iniciales, la razón se ha vuelto sobre sí misma y no tiene capacidad de apertura. Está cada vez más sofocada. ¿Ve aperturas en la filosofía contemporánea hacia este gran problema que plantea Benedicto XVI?

Las veo. La mayor parte de ellas tímidas, insuficientes. Wittgenstein, por ejemplo, me parece que es un pensador muy auténtico. Quizá porque no sabía mucha filosofía, valga la paradoja, pensaba. Heidegger, que es la otra figura contemporánea importante, está más de vuelta. Pero ahí está. Hay un libro que yo he escrito junto con Fernando Inciarte, un gran pensador español ya fallecido, que se titula *Metafísica tras el final de la metafísica*¹. Creo que ése es el planteamiento. La metafísica se ha dado por muerta pero renace como el ave

¹ Ediciones Cristiandad, Madrid 2008.

fénix de sus cenizas porque se ve que es imprescindible y porque es nuestra tendencia natural. En ese sentido conecto total y modestamente con el planteamiento de Benedicto XVI. Un planteamiento que ya anteriormente estaba en la encíclica *Fides et Ratio* de Juan Pablo II. En este momento el papel de la Iglesia católica es una, más que defensa, promoción de la razón frente a planteamientos agnósticos, relativistas y positivistas. En ese sentido me parece que la labor de la filosofía sigue siendo muy importante. Por su contenido propio, pero también culturalmente e incluso desde el punto de vista cristiano.

Hay una provocación en lo que está haciendo Benedicto XVI. Frente a cierta razón posmoderna cerrada que dice que sobre las cosas, sobre el ser, y sobre Dios no se puede conocer prácticamente nada, Benedicto XVI no sólo hace una defensa de la sana doctrina. Promueve un diálogo y no responde con la metafísica más tradicional o con el pensamiento más clásico sino en la forma en la que el pensamiento postmoderno presenta los temas. Y se pone en la vanguardia...

Por supuesto. Creo que es muy significativo. Una de las cosas más encantadoras de Benedicto XVI son sus diálogos con personas que no son sacerdotes y con gente que no es católica que plantea cuestiones que están en el límite. Ha tenido discusiones anteriormente con Habermas y, ya siendo Papa, con Flores d'Arcais. Nunca acude como defensor de una causa perdida o como persona añorante de un pasado mejor. El resultado de esas discusiones es que siempre se ve que está en la vanguardia. Porque la razón metafísica, no la razón racionalista, tiene futuro mientras que el plan-

teamiento relativista, nihilista, agnóstico, no tiene ningún futuro.

De ese tipo de método ¿qué tenemos nosotros que aprender? Muchas veces la posición es muy defensiva. Se afirman determinados valores desde un castillo, metidos en una fortaleza sin esa capacidad de diálogo que tiene Benedicto XVI.

La fe en el hombre en cuanto que el hombre está conectado con Dios y es imagen y semejanza de Dios. Hay una imagen digna, potente, novedosa, innovadora del hombre y, claro, de ahí derivan una serie de cuestiones que conectan con la metafísica clásica: el valor de la esencia de las cosas, la capacidad de acceso a Dios... Fundamentalmente, es una postura humanista y, en cierta manera, ilustrada...

¿En qué sentido ilustrada?

En el sentido de que ahora los cristianos estamos defendiendo gran parte de los valores de la Ilustración: la dignidad de la persona humana, la capacidad de conocimiento de la naturaleza, la internacionalidad, la defensa de los más débiles. Aunque la Ilustración en eso se quedaba muy corta. Por ejemplo, yo he estudiado todo lo que he podido a Kant. Hoy en día ¿quién cita a Kant? No en el terreno de los especialistas o en las revistas más sofisticadas, sino en el ámbito de la discusión diaria, de la prensa, de la opinión pública. Juan Pablo II era un gran «kantiano» en la defensa de la dignidad de la persona humana, de la universalidad de la ley moral. En Benedicto XVI continuamente aparece Kant. Claro, no el Kant —digamos— agnóstico metafísica y teóricamente, sino el Kant humanista, el Kant

progresista, el Kant universalista. Mientras que Flores d'Arcais y Savater, por citar algunos personajes, no tienen nada de kantianos.

Debate sobre la laicidad

Benedicto XVI plantea, no sólo el problema de la razón, también insiste en la cuestión de la laicidad. Hay personas como Sarkozy, y otros laicos, que están dispuestos a iniciar un diálogo sobre el papel de la religión en la vida pública. En España, no sé si tiene algo que ver con el franquismo o con el 68, no hay manera de que algún laico quiera entrar en un debate sobre estas cuestiones ¿Cuáles son las raíces de esto?

Sí, algo raro nos pasa. Algo atípico. No sucede en Alemania, ni sucede en Francia, ni en Inglaterra. Hay posturas muy radicales pero luego también hay posturas muy abiertas y gente que cambia de postura. Aquí no; aquí las posturas están muy señaladas. Hay ciertos tipos de periódicos como usted sabe que jamás publicarán una cosa determinada, por ejemplo, jamás me publicarán a mí. ¿Qué sucede? Dos cosas. Aquí, durante mucho tiempo, hemos, desconectado de la tradición moderna y cuando ha vuelto, lo ha hecho de una manera muy radical, como el que descubre algo completamente innovador, cuando la realidad ya está muy decaída.

Llegamos tarde a la novedad.

Llegamos tarde a la novedad. Y además la confundimos con otra cosa que ya está pasada. Es como el que corre mucho para coger un tren que, en realidad, está en vía muerta. Y eso es muy típico nuestro. Ahora yo creo:

que irá evolucionando. Y creo que ahí los cristianos, por decirlo rápidamente, también tenemos nuestra cuota de culpa.

¿En qué sentido?

En el sentido de que los cristianos españoles hemos sido muy abstencionistas. Nos hemos preocupado de una serie de cosas pero muy poco de la cultura, de la presencia pública. Y, entonces, ha habido una especie de autorreducción y una especie de encogimiento que no creo que sea muy conveniente. En cierta manera hemos aceptado que se nos perdone la vida y que en el ámbito de la cultura, de la comunicación y de la vida pública intelectual domine la izquierda cultural. Es una izquierda muy peculiar también que tiene los rasgos más negativos de la izquierda.

¿Hay signos de algún cambio?

En la gente más joven hay planteamientos diferentes. A veces sucede que hay un cierto ambiente conformista porque han crecido ya en una sociedad satisfecha. Pero el espíritu se renueva siempre a sí mismo. Y espero que dentro de unos años pueda escribir algo que sea muy reconfortante y muy optimista para todos.